

F. Tarragoni, *L'esprit démocratique du populisme. Une nouvelle analyse sociologique*, Paris, La Découverte, 2019, 371 pp.

El populismo constituye, desde hace tiempo, uno de los objetos de estudio más elusivos y polémicos de las ciencias sociales. Las definiciones y los usos *ad hoc*, hechos a la medida de cada autor/a, proliferan en el campo académico. Sin embargo, el concepto de populismo expresa, quizá como ningún otro hoy, una de las paradojas inherentes a las humanidades en general: su presencia concomitante en el lenguaje habitual y en el especializado hace inevitable el uso político del mismo, reproduciendo y perpetuando su carga de polemicidad. Desde ya, esta coexistencia del concepto como arma política –sea empleado peyorativamente, sea empleado como reivindicación de la posición propia– y como herramienta heurística, es a todas luces insuperable en un sentido epistemológico. Es que, como ha demostrado la hermenéutica, el lenguaje especializado no puede desligarse plenamente del sentido común; y, como ha demostrado la historia conceptual, los conceptos políticos fundamentales, objeto de relevancia para la teoría política y social (como Estado, sociedad, democracia, república, y, también, populismo), son de suyo plurívocos y polémicos, haciendo inevitable que toda reflexión sobre el populismo implique necesariamente introducirse en una querrela política. Pero aun reconociendo eso, lo cierto es que lo que incluso falta hoy es un terreno común de discusión en el ámbito académico. No hay acuerdos mínimos sobre lo que el populismo designa. Y esta dificultad general es aún más acuciante al considerar que este concepto remite a experiencias completamente distintas, e incluso opuestas, en América Latina y en Europa. Mientras que en el Viejo Continente alude fundamentalmente a las experiencias nacionalistas de extrema derecha, hoy en auge, en Latinoamérica refiere a los gobiernos nacional-populares de mediados del siglo pasado, que conllevaron la inclusión de grupos excluidos y la ampliación de derechos sociales, así como a gobiernos recientes que fueron vinculados a esa tradición y ese espíritu.

El libro de Federico Tarragoni ofrece un erudito abordaje de estos problemas y brinda valiosas respuestas a los mismos, permitiendo no sólo despejar la espesura normativista que rodea al concepto de populismo, sino también ganar claridad teórica con base en su génesis y evolución histórica. A esto debe añadirse que recupera la tradición de discusión teórica latinoamericana para llevar el debate a un terreno común, permitiendo así establecer un vívido diálogo académico entre América Latina y Europa. El camino que elige este investigador de la Universidad de París es el de una sociología histórica de raigambre weberiana, que apunta a identificar

una serie de experiencias matrices en las que el fenómeno populista se expresó de manera paradigmática. Partiendo de la experiencia fundadora del concepto, el *narodnichestvo* ruso (1840-80), el autor aborda luego el caso del *People's Party* estadounidense (1877-96), y se acomete de lleno, por último, al estudio de los populismos latinoamericanos del siglo XX, con especial énfasis en el peronismo argentino, el getulismo brasileño y el cardenismo mexicano. De esas experiencias «matrices» el autor extrae una serie de elementos comunes a partir de los cuales formulará una definición sociológica del populismo.

Con todo, tal reconstrucción típico-ideal del concepto de populismo con base en este trípode histórico y geográfico (Rusia, Estados Unidos, América Latina), tiene por finalidad brindar una herramienta heurística para repensar la situación política en la Europa contemporánea. Es que, allí donde el populismo es entendido hoy predominantemente como una amenaza para la democracia, Tarragoni buscará diferenciar las experiencias de ultraderecha, a las que calificará de “nacionalistas” y no de “populistas”, de las nuevas experiencias de izquierda surgidas al calor de la crisis de 2008 en varios países del Viejo Continente, como Podemos (España), *Syriza* (Grecia), *M5S* (Italia) y, más recientemente, *La France insoumise* (Francia), a las que el autor sí calificará de populistas. Es que el populismo designa para Tarragoni una tradición política específica, de carácter radical, contestatario y plebeyo. Se trata entonces de arribar a una definición de populismo que, asentada en un cimiento histórico robusto, pueda a la vez ser útil como tipo ideal a la hora de analizar los fenómenos políticos contemporáneos. Analizaremos a continuación los puntos sobresalientes de esta ambiciosa empresa.

Tarragoni emprende desde el inicio del texto un cuestionamiento a la proliferación arbitraria de definiciones sobre el populismo. Los dos primeros capítulos abordan justamente los “usos” del término en la opinión pública y en el debate académico europeo. Lo común en tales usos del populismo es que a través de ellos se expresa, de manera velada, un desprecio o un miedo al pueblo. Ensayistas, periodistas y académicos se figuran, sin decirlo explícitamente, un pueblo crédulo y manipulable y, por ende, carente de autonomía e inteligencia para evitar los engaños de los líderes populistas. La consecuencia de esto es que toda crítica al régimen vigente efectuada desde una reivindicación del pueblo es considerada peligrosa; más aún, puede convertir a uno en un “populista” y, con ello, dejarlo automáticamente fuera del campo

de las voces legítimas. Así, el autor colige un trasfondo esencialmente conservador en estas lecturas, consistente en la defensa de la normalidad de lo existente.

En estrecha conexión con esto, el autor identifica un paradigma hoy predominante, alimentado por la ciencia política desde los años 80, al que denominará “populología” (*populologie*). Se caracteriza por una premisa fundamental, a saber, comprender el populismo desde un juicio de valor previo acerca de su compatibilidad o no con la democracia. Lo interesante aquí es que Tarragoni incluye dentro de este paradigma no sólo aquellos lugares comunes que ven en el populismo una amenaza, sino también aquellas perspectivas que han hallado en el populismo la forma de lo político *tout court*. Se refiere, principalmente, a los trabajos de Chantal Mouffe y de Ernesto Laclau. Entre ambos extremos, entre el populismo como amenaza y el populismo como reivindicación de la política, el autor ve una coincidencia de fondo: que el juicio normativo precede a la construcción del objeto y su análisis.

El camino elegido para hacer frente a este paradigma es el de la sociología histórica: se trata de reconducir el concepto a su génesis histórica y trazar, desde su sentido originario, la tradición histórico-social y las experiencias políticas que en el último siglo y medio lo expresaron. El final del recorrido debería desembocar en una comprensión más clara y precisa del concepto. Y ese es uno de los grandes aportes del libro: se propone, y consigue, ofrecer una definición sociológica del populismo, construida como tipo-ideal con base en los casos históricos.

Para Tarragoni, debe hacerse con el concepto de populismo lo mismo que Weber hizo con el de capitalismo. De hecho, el *espíritu democrático del populismo* que titula esta obra parafrasea el *espíritu del capitalismo* que forma parte del conocido trabajo de Weber. De lo que se trata es de buscar la génesis del populismo, su matriz histórica específica, a partir de la cual reconstruir el concepto de modo típico-ideal. Se debe encontrar, para el populismo, una experiencia que ocupe el mismo estatus metodológico que el protestantismo para Weber en su estudio sobre el capitalismo. La respuesta de Tarragoni es hacer del *narodnichestvo* ruso la experiencia matriz del populismo, con la cual comparará otras dos experiencias: la del *People's Party* estadounidense y la de los populismos latinoamericanos del siglo XX. De ese trabajo comparativo triangular surgirá un concepto típico-ideal del populismo.

Así como Weber, en su *Ética económica de las religiones universales*, comparaba experiencias histórica y geográficamente diversas que sin embargo compartían un «mismo espíritu» (una racionalidad que se desarrolló en distintos grados y sentidos), para el caso del populismo se trata de hallar una “racionalidad política” común a experiencias histórica y geográficamente diversas. Tal racionalidad política compartida reside, a juicio del autor, en la conformación de un pueblo a partir de los grupos subalternos, los cuales oponen una “democracia soñada, que el pueblo debe reconstruir, a la democracia real, a la que se juzga como corrompida por las élites” (157). De ello se deducen las dos grandes hipótesis del

libro. La primera indica que hay una “ética democrática” del populismo. Parafraseando a Weber, Tarragoni indica que, así como el capitalismo fue vehiculizado por grupos sociales que tomaron los valores ambivalentes del protestantismo, el populismo fue desarrollado por grupos sociales que interpretaron en un sentido determinado los valores ambivalentes de la democracia. Subsiguientemente, la segunda hipótesis indica que el populismo constituye un “momento crítico” de las democracias representativas (existentes o por crearse). Esto es decir que el “momento populista” se da allí donde las clases populares visibilizan el carácter incompleto e injusto del orden vigente y exigen una democracia más radical. Con esto, Tarragoni impregna al populismo de una huella ideológica específica, vinculada con la ampliación de la democracia y la profundización de la igualdad, volviéndolo así incompatible con el etnonacionalismo, que busca reducir el espacio de representación.

Son los capítulos centrales (3 y 4) los que ponen a prueba estas hipótesis, a través del abordaje de las experiencias matrices del populismo. El autor defenderá la selección de estos casos indicando que ellos son los únicos sobre los que hay consenso amplio a la hora de calificarlos como populistas. Aunque haya un desacuerdo profundo sobre qué es el populismo, sí hay, al menos, un acuerdo respecto de que todos esos casos son populistas. En el caso del *narodnichestvo* y del *People's Party*, el autor extraerá dos elementos nodales para su definición del populismo: 1) su radicalidad democrática, pues se trata de dos configuraciones históricas donde una crisis política, social y económica puso en evidencia el carácter injusto e incompleto del orden vigente; 2) su minimalismo ideológico, pues se construye sobre la oposición fundamental de pueblo vs. élites, donde las últimas son entendidas como fuerzas corruptoras de la democracia, mientras que el primero es la fuerza vital de esta última. A diferencia del socialismo –con su concepto de clase– y del nacionalismo –con su concepto esencialista de pueblo–, en el populismo pueblo y élite no son socialmente caracterizados: permanecen abiertos pues son construidos en un sentido metafórico.

A pesar de la importancia de estas experiencias fundadoras, el único lugar donde el populismo se institucionalizó fue en América Latina. Allí, además, hubo una profunda reflexión teórica sobre el fenómeno desde la década de 1950, a la que se debe retornar. Estableciendo un diálogo con la teoría social que, desde Gino Germani, analizó el fenómeno en nuestra región, Tarragoni focalizará el estudio en tres casos emblemáticos: el peronismo en Argentina (1946-55), el getulismo en Brasil (1930-45; 1951-54) y el cardenismo en México (1934-40). El autor ofrece también una interesante comparación con las experiencias “neopopulistas” de la década de 1990, que según él no pueden calificarse como tales sino de cesaristas, y los populismos del siglo XXI, que constituyen experiencias populistas que sin embargo presentan características distintivas respecto de los populismos clásicos. Mientras que en el populismo clásico la integración de las clases populares se daba a través de derechos sociales ligados al trabajo como eje de articulación social, los populismos del siglo XXI se

apoyan en la distribución de la renta orientada hacia los sectores excluidos. De esto se deduce un cambio en la figura del “pueblo” construido por ambas experiencias políticas: en el primer caso, los trabajadores del sector formal; en el segundo caso, el sector informal y los sectores estructuralmente excluidos. De esto también se colige que, mientras el movimiento popular principal hace medio siglo era organizacionalmente el sindicato, hoy día éstos se ven corridos del centro de la escena por los nuevos movimientos sociales, que implican un nuevo modo de organización colectivo y otro tipo de sujeto popular. Para Tarragoni, las experiencias de democracia participativa se destacan como una de las notas distintivas de estos nuevos populismos. De estas experiencias de deliberación ciudadana, el autor extraerá una de las aristas principales de su enfoque, la idea de que hay un populismo “por abajo” (*par le bas*) que se articula de manera simultánea al típicamente estudiado populismo “por arriba” (*par le haut*), centrado en el liderazgo carismático. Se trata de analizar los modos de participación política en los sectores populares, y de evidenciar las tensiones entre los movimientos populares y la dirección del Estado.

El autor extrae tres elementos comunes a todas las experiencias analizadas. El primero es un mismo contexto de emergencia, caracterizado por un aumento de demandas democráticas insatisfechas. El segundo es el rol movilizador del carisma, sea del líder o del movimiento. El tercero es la presencia de movimientos populares interclasistas, que además de movilizar a las clases populares interpelan a un sector importante de las medias. Estos tres elementos constituyen la *forma* del populismo, permitiendo reconocerlo y distinguirlo de otros fenómenos políticos. Sin embargo, se debe incorporar una segunda dimensión: cómo el populismo *funciona*, esto es, cuál es su *dinámica*. Así, a una primera dimensión sincrónica se le debe añadir una segunda, diacrónica, que permite ver el fenómeno populista en su desenvolvimiento. Esta realidad “procesual” del fenómeno consta de una primera etapa “destituyente”, consistente en la crítica y puesta en cuestión del orden existente. Una segunda etapa, “constituyente”, ocurre cuando el populismo “(re)funda la democracia sobre bases más igualitarias” (267). Entre estos dos momentos, se halla para el autor uno tercero, que establece su ligazón y continuidad: la “movilización”. La presencia de los movimientos populares tanto en la crisis democrática como en la institucionalización del populismo es lo que da coherencia e identidad al fenómeno. Esto da por resultado una dinámica ternaria: la crisis, la movilización y la institucionalización. Para cada uno de estos componentes el autor propone una definición específica, cuya suma conforma la teoría del populismo de la obra.

El lugar del liderazgo carismático es revelador en esta teoría, pues Tarragoni planteará simultáneamente su importancia y su peligro. A efectos de radicalizar la democracia en términos institucionales, se requiere de un líder carismático que actúe como representante. Pero lo que permite mantener el carácter democrático del liderazgo populista reside, a juicio del autor, en el equilibrio entre el líder y los movimientos populares: situación que

ocurre cuando el carisma del líder mantiene unidas demandas y grupos diversos y, a la vez, tal paraguas habilita la autonomía y capacidad de acción de estos últimos. Para Tarragoni, el populismo se revela *par le haut y par le bas*, por arriba y por abajo. La no resolución de esta ambivalencia es lo que mantiene, en los populismos institucionalizados, su carácter democrático.

Ello permite deducir por qué para Tarragoni no puede haber algo así como una “voluntad popular”. El pueblo no puede “querer” nada porque no es un sujeto supraindividual, sino una comunidad virtual. Lo real es la heterogeneidad. El pueblo está constituido por sujetos políticos, esto es, por sujetos capaces de acción política. Creemos que algo que indicaba Carl Schmitt en 1923 toma importancia aquí: la “voluntad popular” –decía el jurista alemán– requiere siempre de alguien que “interprete” cuál es esa voluntad, esto es, un representante. La “determinación” de la voluntad popular era el punto clave para Schmitt. Y el cierre “por arriba” que éste propone es lo que, a nuestro juicio, Tarragoni quiere evitar. De esto podemos inferir por qué el líder o representante ocupa en su teoría un lugar provocadoramente pendular. El líder es fundamental para el populismo, pero a la vez debe ser contenido o neutralizado, ante el riesgo de eliminar la autonomía y pluralidad constitutiva del pueblo. Por ello, el pueblo del populismo permanece abierto: es un pueblo siempre *por hacer*, sobre la base de la división entre dominantes y dominados.

El líder, en efecto, hace presente algo ausente: la utopía del pueblo democrático más allá de su división interna. Su representación es a la vez “inclusiva y encarnada” (283): es inclusiva porque visibiliza una posición subalterna ocultada en la democracia existente; es encarnada porque el líder pretende hablar y actuar en nombre de ellos. De aquí se deriva una realidad peculiar, propia del populismo: una relación política vertical, pero productora de igualdad. Para Tarragoni, el desafío se presenta cuando el equilibrio entre verticalidad y horizontalidad deviene inestable. Cuando el líder populista es jefe de Estado, la lógica de la dirección estatal puede avanzar en desmedro de la horizontalidad y autonomía de los sectores populares, a la vez que se tiende a debilitar a los contrapoderes liberales. Tal tensión, en el mediano plazo, tiene que volcarse hacia una resolución. Es que el populismo no lleva en sí una tendencia inherente a institucionalizarse. Es, más bien, un momento transicional entre dos modos de la democracia: marca “el punto de pasaje entre una democracia liberal devenida excluyente e ilegítima, y una democracia radical, más igualitaria y más justa” (297). Por ello, el final de la experiencia populista puede tener dos vías: la primera es un retorno a una democracia liberal, pero más rica en derechos sociales. Pero si el líder tiene una deriva autocrática, reduciendo o eliminando la autonomía de los movimientos populares, acontece la segunda vía, que lleva directamente al fascismo.

Esta perspectiva de “opciones abiertas”, es decir, de no determinar una dirección obligada hacia la cual deban orientarse las experiencias populistas, constituye para nosotros uno de los gestos más clarividentes del autor en lo concerniente al análisis del fenómeno desde

las ciencias sociales: no compete a éstas marcar un rumbo forzado (por ejemplo, “todo populismo conduce al fascismo”), pues eso implicaría cerrar el carácter abierto de la historia y la libertad de los propios actores sociales. Lo que en todo caso se puede indicar es una dinámica política recurrente y una serie de *posibilidades* futuras.

La posibilidad y la prognosis aparecerán bajo la forma de una exhortación en el capítulo final y en las conclusiones. Posando ahora la mirada sobre la escena europea contemporánea, el análisis se centra en los casos italiano, griego, español y francés mencionados anteriormente. Para Tarragoni, la situación de Europa hoy es, *mutatis mutandi*, similar a la que caracterizó a Latinoamérica a finales de los años 90, debido a la presencia de un neoliberalismo avasallante, de gobiernos tecnocráticos desconectados de la realidad social, y de una honda crisis de representación. De ahí el sugerente adagio del autor: “Europa del Sur se ha latinoamericanizado” (300). Esto es así porque además de la crisis económica, ha habido correlativamente una respuesta política donde los nuevos partidos populistas han expresado las luchas contra la “captación tecnocrática y oligárquica de la democracia” (301).

El desafío de estos partidos populistas es hoy doble en Europa. Por un lado, asisten a una dificultad estructural para aplicar medidas redistributivas, dado el reducido marco de acción económico y monetario que permite la Unión Europea (UE). Por otro lado, se encuentran frente al rechazo de las fuerzas socialdemócratas, por lo que establecer alianzas progresistas es harto difícil. El autor aboga por “refundar democráticamente” la UE cambiando las rígidas reglas de estabilidad monetaria y manteniendo la unidad política y la validez de derechos sociales a nivel supranacional. Por su parte, se manifiesta en favor de crear “frentes populares” en alianza con los socialdemócratas, con vistas a salir de las tenazas políticas que estrujan Europa en el presente: de un lado, la normalidad neoliberal imperante; de otro lado, el nacionalismo excluyente. El populismo de izquierda, como estrategia europea, sería entonces una posibilidad alternativa. Tal es la apuesta política que puede ser deducida del libro. Si el conocimiento del sentido histórico del populismo tiene una utilidad, ella es la de clarificar la estrategia política a seguir, logrando diferenciar los partidos populistas de izquierda de los nacionalistas de extrema derecha (que para el autor no son populistas). Esta alternativa populista debería cimentarse sobre el enfrentamiento entre pueblo y “grandes”, entre la parte popular y la antipopular, a nivel europeo, para así unificar las luchas en su común oposición al neoliberalismo y en su diferenciación de las fuerzas de ultraderecha.

Para finalizar, subrayamos aquí una cuestión a nuestro juicio primordial, a saber, la relación entre el intelectual y la política. ¿De qué modo la academia y las ciencias sociales intervienen teóricamente en la realidad política? ¿Cuál es su lugar de enunciación? Este tema parece resonar cuando Tarragoni indica que “sería ilusorio pensar que un libro de sociología puede cambiar el mundo; como mucho, puede indicar los aspectos críticos y las potencialidades de nuestro tiempo, y por lo tanto las alternati-

vas que atraviesan nuestro presente” (343). La raigambre weberiana del estudio muestra sus cartas nuevamente, en este caso para especificar el rol del investigador social en la realidad política. Para Tarragoni, éste último puede brindar claridad sobre las *condiciones* bajo las cuales una política populista *podría* triunfar, considerar los *medios* que ella debería utilizar, y sopesar las *consecuencias* – queridas y no queridas– que ella podría conllevar. Como decía Weber en 1904, la ciencia social puede clarificar al político respecto de los medios y las consecuencias que supone perseguir un fin concreto.

Sin embargo, podemos añadir nosotros, la ciencia social y el/la investigador/a no pueden ser neutrales ante estas *posibilidades*. Concluimos indicando una paradoja inevitable en el tratamiento de todo concepto político fundamental, que el autor también parece advertir: si el movimiento general del texto fue el de deslindar el concepto de populismo de sus “usos” corrientes en la opinión pública y en el lenguaje especializado, para vincularlo con su tradición histórica específica, el final del recorrido se propone volver a insertarlo en la batalla de los “usos” del lenguaje, esto es, proponer un uso del populismo distinto, pero también político, con vistas a radicalizar las democracias europeas existentes. Entretanto, sin embargo, hemos ganado claridad restableciendo los estratos de significado del concepto. Tal camino no debería llevar a una ficción del origen, es decir, a creer que el concepto en su sentido originario es más auténtico que sus usos actuales. Pues en ambos casos lo que hay son usos del lenguaje. Y, en consecuencia, esta definición sociológica del populismo, que da pruebas de rigurosidad y fortaleza teórica, debe alistarse a la batalla de ideas en curso y acreditar su lugar frente a los usos vigentes del concepto de populismo. Tal legitimidad no sólo es académica, sino sobre todo eminentemente política.

En suma, la presente obra no sólo brinda una rigurosa y contundente revisión del concepto de populismo en sus diferentes registros (el debate actual, las experiencias históricas que le dieron cuerpo, y la tradición teórica que reflexionó sistemáticamente sobre él desde mediados del siglo pasado), sino también una lección de solidez teórica que las ciencias sociales podrían erigir como caso ejemplar: frente a la arbitrariedad reinante, la rigurosidad en la formación conceptual; frente a la falta de sentido histórico, el reconocimiento de la historicidad del concepto; frente al normativismo y al partidismo hoy encubiertos bajo el velo de la “objetividad científica”, la honestidad intelectual respecto de los límites y las posibilidades de la ciencia social. Por todo ello, el libro de Tarragoni constituye un ejemplo de cómo las ciencias sociales pueden aportar rigurosidad teórica, profundidad histórica e intervención política en un mismo gesto. A ello se le suma el valioso aporte de poner en diálogo la tradición latinoamericana y europea de reflexión sobre el populismo, edificando puntos de partida comunes para la discusión y tendiendo puentes para fructíferos debates teóricos entre ambas regiones a futuro.